

EL LENGUAJE EN ESTE PAÍS

Algunas ideas de Ángel M. Garibay sobre el español mexicano

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

En la excelente colección Biblioteca del estudiante universitario, una de las mejores de la UNAM, acaba de ver la luz, con el número 124, una antología hemerográfica de textos del padre Ángel María Garibay (1892-1967), que lleva por título *En torno al español hablado en México*. Fue preparada por Pilar Máynez Vidal, quien se encargó de la selección, de las notas y de la redacción de un buen prólogo, en el que estudia la biografía y la obra de este sabio sacerdote. Máynez Vidal es discípula de Miguel León-Portilla, el más dilecto y destacado alumno y colaborador de Garibay. Una de las grandes virtudes, entre muchas, de la UNAM es esta venerable tradición de que los grandes profesores e investigadores atiendan con particular escrúpulo a algunos de los alumnos que, con talento y disposición, desean profundizar en los conocimientos del maestro. Estas personas, después de doctorarse, suelen incorporarse como personal académico de la Universidad y, por tanto, pasan a ser colegas de su mentor. Sin embargo, a partir de entonces, esta relación intelectual se fortalece, pues sin perder el respeto al maestro, sin dejar de aprender de él, se comienza a desarrollar la obra propia.

Todos sabemos que las más importantes aportaciones del padre Garibay se deben buscar en el ámbito de la cultura clásica grecolatina y hebrea y, sobre todo, prehispánica mexicana. Nadie puede quitar a este clérigo erudito el mérito de haber dado a conocer al mundo, no precisamente la historia de los pueblos precolombinos de lo que hoy es México —pues por ese terreno habían transitado, antes que él, desde el mismo siglo XVI, los sabios cronistas de nuestras antigüedades, en su mayoría religiosos como él— pero sí del pensamiento de esos pueblos, de su filosofía, y, predominantemente, de la literatura prehispánica, en particular de la poesía náhuatl. También sabemos que, en esas mismas especializadas disciplinas, siguió sus huellas, con igual sapiencia, Miguel León-Portilla, quien, hasta nuestros días, sigue trabajando de manera ejemplar. Sin embargo el horizonte de los intereses intelectuales y artísticos de Garibay Kintana era mucho más amplio. Una permanente inquietud suya fue tanto el estudio del lenguaje humano en general, interés que cabría muy bien en lo que hoy suele conocerse como *lingüística*, cuanto, sobre todo, la observación de los hechos de habla en el pueblo, en la gente, en los mexicanos. Estos estudios, de naturaleza más filológica que lingüística, están muy cerca de disciplinas como la dialectología, la sociolingüística, la historia interna de la lengua, la etimología... El padre Garibay cultivó también, con excelencia, el periodismo cultural. Escribió para *Excelsior* (1939, 1940) y para *El Universal y Novedades* (1955-1967). Con no poca frecuencia, en estas notas periodísticas trataba asuntos de filología, de lingüística, de la lengua española, del español mexicano. Hay por tanto necesidad de incluirlo en la lista de intelectuales mexicanos que, por medio de la columna periodística, desarrollaron una benemérita labor educativa en asuntos de lenguaje, como lo hizo, por los años veinte, don Victoriano Salado Alvarez. En el Archivo Garibay, que custodia el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, hay muchos de sus artículos periodísticos. Con algunos de ellos se formó la antología que estoy comentando. Aunque el título alude al *español hablado en México*, no todos los artículos de la antología tienen ese sujeto, aunque sí la mayoría. Sólo sobre éstos haré unos breves comentarios. Entre otros asuntos, todos tratados sabrosamente,

podrán leerse breves y sustanciosas disertaciones sobre curiosidades léxicas. Por ejemplo (pp. 19 y ss.), las múltiples significaciones de *tapado* (a propósito del conocido empleo de esta voz en la política mexicana) en el lenguaje de las peleas de gallos, pieza final en los antiguos bailes, prenda de ropa, adjetivo por 'ignorante', etcétera; o el jugo que la lengua saca a la voz *mano* en derivadados de todo tipo: *manada*, *mangonear*, *manija*, *manubrio*... para terminar con la sólo insinuada explicación de la esencial diferencia semántica de algunos verbos, valiéndose de un simpático ejemplo: "un rufián puede manosear, *manejar* o *manipular* a su damisela. Y ¿qué diferencia de sentidos hay en cada frase? No me detendré a precisarlos..." (pp. 54-55).

En ocasiones las colaboraciones periodísticas del padre Garibay eran breves lecciones, en las que, sea por caso, explicaba llanamente las reglas morfológicas de formación de plurales (*israelíes*, *tesis*, *estándares*, *fraques*..., pp. 29 y ss.) o recomendaba evitar palabras rebuscadas (*localizar* por *hallar* o *ubicar*, [ideas] *directrices* por *directoras*... pp. 137 y ss.). Con frecuencia se nos aparece como defensor del español mexicano tanto frente al español de España o, más precisamente, frente a la Real Academia Española, cuanto ante las embestidas de los anglicismos. Lo impacientaba la lentitud de la corporación española para incorporar en su diccionario los vocablos o las acepciones de este lado del Atlántico: sólo mucho después de incluir el españolismo *frigorífico*, prestó atención ese lexicón al mexicano *refrigerador* (p. 27). Se mostraba irritado asimismo —y no le faltaba razón— porque la Academia madrileña consideraba —y sigue considerando— como *americanismos* o *mexicanismos* voces (como *fuereño*) que emplearon los clásicos españoles (p. 106). En algunas propuestas suyas para hispanizar anglicismos no tuvo mucho éxito: *yipes* (plural de jeep), *bloques* [de papel]... (p. 65).

Parco en general en elogios, no deja empero de reconocer méritos en el trabajo lexicográfico de Francisco J. Santamaría (en su *Diccionario de mejicanismos* de 1959). Sin embargo le recrimina su descuido en lo que toca a las etimologías del náhuatl (p. 78). En efecto, es en este terreno donde el padre Garibay se mueve con mayor comodidad y sabiduría, a lo largo de toda la antología. No faltan páginas —como cuando explica la etimología de *chilaquiles* (p. 102)— en las que el simple lector del periódico puede vislumbrar al erudito que solía manifestarse sólo en sus tratados especializados. Juzgo que es ahí, sin embargo, donde en algunos pocos casos, puede tachársele de etimologista *audaz*, habida cuenta de que la audacia no suele verse, entre los lexicólogos, como una virtud. Vayan tres ejemplos de etimologías dudosas: hace derivar (p. 17) *sorgo* ('gramínea') de un reconstruido adjetivo dialectal *shorgo* ('duro, áspero, ríspido'); parece preferible la tradicional explicación, que ve su origen en el latín vulgar *suricu* ('grano'). Algo semejante puede decirse de su propuesta en relación con el sustantivo *pilote*. Contra la opinión generalizada de que procede del antiguo francés *pilot*, Garibay (p. 52) la deriva del náhuatl *piloa* ('apoyar'). El expresivo verbo mexicano *agüitarse*, ausente no sólo del léxico oficial académico sino también del excelente *Vocabulario de mexicanismos* (1899) de García Icazbalceta, aparece empero en el *Diccionario de mexicanismos* (1896) de Ramos Duarte. Este aventura la hipótesis de que tal verbo, con el significado de "dormirse en la borrachera", es una simple alteración de *aguaitar* ('aguardar, esperar'). Por su parte, el padre Garibay (p. 90) —quien no cita a Ramos Duarte sino sólo a Santamaría (que no propone etimología)— acude al náhuatl *huitomi* ('arruinarse, derrumbarse').

Buen librito éste, incluido su prólogo. Bien hace la UNAM en publicar este tipo de obras que, muy probablemente, no interesan a las editoriales comerciales. Los hablistanes, los hablistas y los curiosos del lenguaje y sus vericuetos sin duda lo disfrutarán.